

RABATE, Dominique (2010): *Le roman et le sens de la vie*, José Corti, Les Essais, Paris, 112 pp.

Bajo un título tan sugerente como prometedor, Dominique Rabaté, Catedrático de Literatura Francesa, ahora de la Universidad Paris VII- Denis Diderot, condensa en un breve ensayo muchas de las reflexiones diseminadas en sus numerosos trabajos anteriores, al tiempo que (se) plantea una de las cuestiones esenciales acerca del género de la novela: ¿acaso es ésta capaz de proporcionar claves plausibles sobre la razón de la existencia, de aportar luz sobre el sentido de una vida? Ardua cuestión, en efecto, la planteada en esta obra, que resulta fruto de una profunda meditación, y cuya sorprendente brevedad, 112 páginas, no responde sino a una voluntad explícita de síntesis. A veces, como indica Rabaté en el prólogo, “los libros pequeños son fruto de lentas gestaciones” (p 23). Y ello se percibe, en efecto, en el devenir del propio estudio, cuyo doble umbral -las significativas citas de Walter Benjamin y de Flaubert, por un lado, y un sustancioso preámbulo, por otro- nos introduce en materia, antes de dar paso al tríptico que constituye el meollo del trabajo.

Tratando de justificar la elección de tema y título, el autor enuncia en el prólogo, basándose en estudios previos, propios (sobre todo *Poétiques de la voix*, 1999, y *Le chaudron fêlé. Écarts de la littérature*, 2006) y ajenos (los de Kundera, Bakhtine, Lukàcs y Pavel, entre otros), una teoría de la novela moderna. Si bien ésta aborda, como por otra parte lo había hecho la novela anterior, muchos “temas clave de la existencia”, ya no lo hace sin embargo para proponer al lector una visión moralizadora, estática y cerrada -normativa- de la misma, sino sobre todo para formular preguntas cuya respuesta no cabe ser sino relativa, incierta e *indecidable*. A partir del último cuarto del siglo XIX, y sobre todo durante el primero del XX, el género novelesco refleja, valiéndose de estrategias formales y narrativas cada vez más complejas, cuán parcial y subjetivo, precario, resulta cualquier intento de representar el mundo, de desvelar el enigma de la existencia. La novela se convierte en búsqueda necesariamente insatisfecha, en esfuerzo inagotable por expresar lo solamente entrevisto o intuido, por lo general a través de un personaje que hace partícipe al lector, empático por necesidad, de una compleja aventura interior. A la postre, ésta no hace sino reflejar, en eco sutil y fragmentado, la de un autor escindido en las numerosas hipóstasis que constituyen tales personajes, mediante los cuales se descubre a sí mismo capaz de soñar otras vidas posibles, unas vidas que terminan por adquirir entidad propia en la ficción.

Como Rabaté demostrara en un trabajo anterior (*Le chaudron fêlé. Écarts de la littérature*, Corti, 2006), Flaubert sienta las bases de la modernidad narrativa. En *Madame Bovary*, el escritor osa poner en escena a un personaje femenino que posee una “vida propia”, en reivindicación -consciente o inconsciente- de una individualidad alejada de los dictados de la sociedad del momento, del orden social preestablecido. Así, en términos de Walter Benjamin, en quien Rabaté se apoya con

frecuencia¹, es el registro de la *erlebnis* (referida a la experiencia personal e intransferible vivida por un individuo anodino, casi siempre problemático) el que, respecto de la *erfahrung* (o experiencia compartida con la comunidad que determinaba al héroe clásico, de ejemplaridad incuestionable), pasa al primer plano de la ficción moderna. Tras Flaubert, escritores como Maupassant, Stendhal o Proust se valen de novedosos subterfugios narrativos para dibujar el perfil de un nuevo héroe al que se accede simultáneamente desde dentro y desde fuera, en tanto que individuo único y, al tiempo, como muestra de la colectividad en la que su vida se enmarca.

Sobre todo lo anterior versa el primer capítulo de *Le roman et le sens de la vie* - “¿Una vida propia?”- , cuyo carácter teórico se concreta en los dos estudios puntuales que le siguen: “La lección de la muerte”, a propósito de *La muerte de Ivan Illitch* (1886) de Léon Tolstoï, y “Lo irremediable y lo inolvidable”, en torno *Al faro* (1927) de Virginia Woolf.

En la novela de Tolstoï, cuyo análisis ocupa el segundo capítulo, es la muerte la que determina el sentido último de una existencia que se descubre terriblemente banal. Próximo a morir, Ivan Illitch revisa el curso entero de su vida antes de derivar hacia una conversión final de valor y alcance ambigüos. Partiendo del análisis que sobre este magnífico relato de Tolstoï realiza Lukács en *Théorie du roman*, Rabaté estudia cómo el personaje de Ivan Illitch se configura narrativa y temáticamente a partir de una oscilación que va de lo general a lo particular, del tipo social al individuo. El cambio de enfoque narrativo (exterior por interior), el tratamiento de la temporalidad (cósmica, cultural y subjetiva), el funcionamiento de la memoria (en recuperación de los detalles que, por nimios que parezcan, dibujan el mapa personal de la existencia) y, sobre todo, el fluir del monólogo interior, permiten al lector adentrarse en la experiencia íntima del personaje para compartir con él vivencias, emociones, sensaciones nunca formuladas, e incluso, participar en la paradójica narración de la propia muerte.

El tercer capítulo gira en torno a la novela *Al faro* (1927) de Virginia Woolf. Cumpliendo el deber hace tiempo contraído consigo mismo desde que descubriera maravillado la narrativa de la escritora inglesa, Rabaté analiza la compleja representación de la duración que dicha obra contiene. Siguiendo para ello los cauces hermenéuticos que Paul Ricoeur marcara en *Temps et récit 2* con su lectura de *Mrs Dalloway* (1925), el autor del presente ensayo desentraña la composición narrativa de *Al faro*, donde la actividad rememorativa y la multiplicación de los puntos de vista crean un efecto de profundidad temporal de incuestionable maestría. En efecto, la novela trenza de manera sutil, por una parte, el devenir “irremediable” de una vida, en consonancia con lo que Rabaté denomina la “voz del Tiempo”, neutra e impersonal (es decir, aquello que inexorablemente “sigue su curso”, en términos beckettianos), y, por otra, los instantes únicos que le confieren una singularidad “inolvidable”.

¹Rabaté se basa fundamentalmente en “El narrador de cuentos” de Walter Benjamin, del que precisamente extrae una de las citas del exordio: “El *sentido de la vida*, esto es lo que se halla en el corazón de toda novela”.

Como bien se demuestra en el estudio, es precisamente en un entredós o espacio intermedio, en la sutil articulación entre el ámbito de lo impersonal y la vivencia singular, entre lo general y lo particular, entre la narración en tercera y en primera persona, donde se hilan las respuestas múltiples que la novela moderna sugiere al lector sobre el curso de una vida, generando al mismo tiempo el espejismo de una posible y definitiva explicación sobre la vida. Y, como se nos viene a sugerir en el epílogo sin desperdicio que cierra el ensayo, es precisamente en esta ambigüedad, en la eterna promesa de una *revelación inminente* -aquella a la que se refería Borges para definir la experiencia estética-, donde reside el atractivo de la novela moderna.

Escrito en tono ameno y salpicado de interrogantes que condicionan el rumbo de la reflexión, este último trabajo de Dominique Rabaté se presta a una lectura ágil, aunque no por ello menos profunda, susceptible de interesar a un tiempo a estudiosos y amantes del género novelesco.

Lourdes CARRIEDO LÓPEZ
Universidad Complutense de Madrid